

# JUSTICIA, SOLUCIÓN DE MALES MORALES

Cayo Salustio al narrar y mostrar a la República estragada por una infinidad de personas que han perdido las virtudes que las hacen justas y excelentes, muestra también cómo se van entrelazando los crímenes al margen de la ley so capa de defensa personal.

(La defensa legítima ha de empezar sin aplazamientos por la lucha sin cuartel por el establecimiento del poder legítimo y fuerte para la defensa legal y justa, una y única). (Toda la modernidad se asienta en la ilegitimidad, en la parcialidad, puesto que el poder estatal no se asienta sobre la justicia universal y única sino sobre los votos antojadizos y volubles). Lo mismo le sucedió muy pronto a la república romana que olvidó la justicia de la que había nacido para suplantarla por el poder y el juego antojadizo de los votos que mercadean con lo intangible y firme. La modernidad se siente capaz y legitimada para hacer tambalear y desarraigar la justicia y la verdad: vive en un completo oleaje, con lo cual crea en el mar su propia tumba y castigo.

En la Roma desvirtuada pasa el mal que tiene que pasar, el que se causó al haber proscrito la educación y el rigor de la justicia, soberana de la persona y de la propia "res-publica" en cualquier régimen que se quiera imaginar con olor a legitimidad. (Los males se suceden so capa de defensa justa donde no ha habido un lucha defensiva contra la ilegitimidad).

Europa se asentaba sobre la universalidad de la justicia, y por eso podía juzgar y ser juzgada; y se entendía qué era injusto, y qué justo; y se podía ver el delito y la virtud y el honor.

Justicia, universalidad y unidad son inseparables. ¡Y ese concepto sólo lo tiene la Iglesia católica, "locus iustiae pro delictis nostris universis". Sin ese lugar ni hay justicia ni tampoco delito. Sólo queda el antojo reglamentado. Modernidad y antojo es exactamente lo mismo. La verdad soberana y la justicia emperadora, ha sido proscrita por las fuerzas del antojo: socialismos (nazis, socialistas, comunistas) y de corte masónico. Todos ellos renacidos por el endiosamiento de la conciencia en le herejía protestante que causa de la división del pueblo de Dios. Pueblo de hombres débiles, ignorantes, y pecadores; pero si usted le elimina el principio que lo regenere, lo mata. El principio es la voluntad divina universal y única. ¡Quien divide es que tiene un mandato divino o es un caprichoso;

Un mal pide otro mal y todo parece normal. Ya sólo se suman males. Pero ese mal hace más malo a quien no recurre a las fuentes de donde manan las aguas de la maldad; sólo en ellas se ha de guerrear. ¡Las guerras han de ser guerras de religión, por la religión, por la educación, por la justicia; ¡Nunca jamás habrá bien mientras no se gane la batalla de la buena educación, la guerra de la religión que une al hombre de verdad a su Dios y a los demás! ¡La conciencia, la educación, la justicia, la moral, el rigor, y el amor con fortaleza que destierra y proscribire al animal humano que se encapricha, -cosa que no puede hacer ningún animal que sólo canta una canción-. Sólo el hombre finge ignorancia, finge sabiduría, finge justicia, finge inocencia, finge no tener alma, finge se omnisciente, y finge tener razón sin creer en la verdad; ¡y finge ser justo sin creer en la justicia! ¡Finge ser bueno sin obedecer a Dios!

Una vez las personas pervertidas, sin virtudes morales, y sin ánimo de excelencia, no se logran conformar los poderes supremos de la justicia en todas las sociedades. Entonces es un volcán de lava. El estado es un nido de gamberros aforados,

sobre todo socialistas que son profesionales de la perversión como ingeniería social (le llaman laicidad). Éstos no son sociables, sino comandantes de las sociedades que ellos se apropian como lo que son, "maestros confesos de la perversión", que dicen su liberación. Sólo son felices cuando nos encierran en su corralón.

Es por ello por lo que siempre será urgente educar, convertir y volver a las personas humanas al cauce de su dignidad moral.

Y en esto es donde se han de emplear las mejores fuerzas. Ha de tenerse una fe inquebrantable en la excelencia moral, en la justicia que todo lo puede gobernar, en la educación, en la intolerancia para con el capricho que se encastilla en su afán de hacer el mal, que para él, gamberro, es el mismo bien.

Cuando se deja que se dude o se enseñe algo contra lo justo y la verdad. Cuando se hace, que se sepa y conste, que al hacerlo, ese virus nos ha de llevar por delante en su saga de maldad. Cuando la educación no es un molde donde sólo ha lugar y cabida a todo tipo de bienes, sino modelo y forma para pervertir en nombre del mal, entonces que sepan los hombres, que están armando al ejército que los ha de matar, pisar y despreciar cual puro material...de deshecho. Cuando la verdad y la justicia, y el buen orden y demás, no implantan su mano férrea, que se sepa que es entonces cuando se ha comenzado a perpetrar la siembra del crimen en todo terreno que no les agrade; entonces se siembra la sangre y todo atropello cuando les convenga; es entonces cuando ya se está criando con un rico queso a quien nos ha de hundir en sus negras checas como enemigos de sus caprichos, ley suprema de ellos. Sin justicia auténtica: ¿qué es la república, qué es la democracia, qué es la educación, qué es la monarquía, qué es el ejército, qué es la diversión, qué es la persona?

Desde que no se cree y confiesa firmemente la excelencia de la justicia universal, de la unidad de religión con todos los requisitos que exige y nos pide; desde que no se cree en la esperanza de excelencia que nos constituye y da alas de triunfo moral; desde cuando esto no se cree, es que se cree en el mal como bien, y como si tal cosa no fuese nada más que una simple y pequeña, y también maldita, serpiente que llegará ser la hidra infernal. Desde que no se cree lo que cree Dios para nuestro bien, ya se está creyendo en todo un infierno que nos quemará.

Entretanto hay que esperar a que en nuestro entorno aparezcan muchos atropellos, injusticias, y toda ferocidad; hay que esperar que ese antojo sin ley -al que llaman libertad- nos aplaste justamente, por haber nosotros dado el arma para que nos liquidara.

Sembradores de maldad, cuando lloréis, confesad que vosotros sois culpables de los males que os producen esos malos que culpáis. Ahora os miráis inocentes, no queréis veros causantes como yo os veo ahora. Yo soy profeta y os veo, no como vosotros, enamorados egoístas, yo os veo como sois: canallas con fe maldita, que llamáis al bien mal y mal el bien que os predico.

Olvidaos de la paz, no la tendréis por cobardes (llamáis paz al antojo de hacer en paz el mal pues del bien nada entendéis). Olvidaos de la patria, porque sólo existe ella cuando se sepa que somos hombres como todos los demás, y hermanos e iguales ante la ley del bien y justicia y demás cosas ya dichas. Olvidaos de lo justo, pues habéis criado un estado elevado en un estrado sin justicia, sin piedad, sin visión universal. Y al fin usted y yo somos lo que habremos de ser (pisoteados) y que otros ya sufrieron: un muñeco nada más en este carnaval en que la sociedad deviene cuando no cuenta con Dios, principio, medio y final.

Si no tenéis idea de universal, de humanidad y de bien, de lo justo aunque suponga que habéis de dar la sangre, no merecéis el nombre de persona; ¡y esto aunque creáis en Dios pero no Le conocéis! Si os parece sueño vano la idea de la ley universal, cualquier cosa que os pase, bien pasada os estará, pues ya no podrá ser juzgada pues va depender de la ley que dicte el antojadizo gobierno, elegido por el pueblo entontecido y caprichoso también. (Lo justo es su libertad, esto es modernidad).

Os estáis formando un pozo para hundiros en la densa oscuridad. Lo merecéis por canallas, por haber pensado que -al fin os lo he de decir- que Dios no es universal ni dueño de todo bien; En su lugar os ponéis un antojo y otro más como meta y medida de toda la humanidad. ¡Os merecéis el desastre, por el desastre que sois; ¡Sois atrevidos en todo, no os paráis ante nada, pues con vosotros también otros han de hacer igual! No os lamentéis después pues no habéis querido nunca oír los lamentos de quien con tiempo os lloraba cuando os podíais volver del camino que emprendéis.

"Cneo Pisón, mancebo noble, sumamente arrojado, pobre y de genio turbulento, a quien su pobreza y malas costumbres incitaban a alborotar la república. ((Yo en ella -por ser publica y el estado romano ser confesional- entiendo también a la mismo Iglesia)). Una vez descubierta la primera conjuración de Catilina le sucedió lo que sigue.

"Pisón después fue enviado a la España citerior por tesorero, con facultades de pretor, a instancias de Craso, porque sabía que era mortal enemigo de Cneo Pompeyo. Ni el Senado se hizo muy de rogar en ello, porque deseaba alejar de la república a este hombre turbulento, y también porque muchos de los bien intencionados tenían puesta en él su esperanza contra el poder de Pompeyo, que ya entonces daba que temer; pero sucedió que a este Pisón mataron en su viaje al

gobierno los caballeros españoles que llevaba en su ejército. Dicen unos que aquella gente fiera no pudo aguantar su imperio injusto, su soberbia y sus crueldades; otros, que los agresores, que eran fieles antiguos ahijados de Pompeyo, le habían muerto a su persuasión; y que nunca hasta entonces habían los españoles ejecutado tal maldad, con haber padecido otras veces muchos y muy malos tratamientos. Yo dejo esto en duda y basta de la primera conjuración".